

Rióse D. Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y dijole: « — Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en

espanto (1). Castigo de Jehová en sentir de los hebreos, su legislador, el sabio Moisés, da leyes de policía sobre el discernimiento de enfermedad tan terrible, discernimiento que sólo pertenecía á los sacerdotes. Tras las disposiciones higiénicas allí consignadas, añade (2):

« 44. Esto supuesto, cualquiera que fuere contaminado de lepra, y separado á juicio del sacerdote,

45. Tendrá los vestidos descosidos *por varias partes*, la cabeza *rapada* y descubierta, tapando su boca con la ropa, y *avisará*, gritando, estar contaminado é inmundo.

46. Todo el tiempo que estuviere leproso é inmundo, habitará solo, fuera de poblado. »

Pasados seiscientos años, los persas, considerando esta enfermedad como estigma de infamia, lanzaban de su territorio á cuantos extranjeros la padecían.

Mucho después, en los primeros siglos de la Iglesia, comenzó ésta á preocuparse en favor de los desgraciados. Pero, en la Edad Media, algunos legisladores menos misericordiosos, reputando al leproso como incurable, ordenaron ceremonias desconsoladoras: tales como la de ponerle en el centro del templo metido en un ataúd, cubrir su cuerpo con un paño negro, celebrar sus penúltimas exequias (¡tristes al mundo!); y luego, confinándole á lugar de perpetuo aislamiento, le echaban tres palas de tierra, sacada de la fosa que había de ser su sepultura, diciéndole: *Amigo mío, esto significa que has muerto para el mundo: ten paciencia* (3).

Hasta el mismo Carlomagno, que tan hermosamente había parafraseado en Aquisgrán las palabras del Credo, hubo de ratificar disposiciones de su padre relativas al aislamiento absoluto de los leprosos. También los reyes francos, olvidando lo dispuesto en el Concilio de Orleans, celebrado en 533, autorizaron el divorcio por causa de lepra.

Á qué punto llegasen las leyes de excepción contra los leprosos, lo dice la historia de la Medicina y la historia particular de los pueblos, avergonzados hoy de no pocas medidas faltas de humanitarismo.

Tal estado de cosas (según decimos en la jerga moderna), engendró, como no podía menos, no ya aversión, sino odio contra el infeliz leproso. Por eso nuestras leyes, inspiradas en un alto sentido de amor al prójimo, cuanto más desgraciado tanto más digno de respeto, establecieron castigos como estos:

« ...sil dijier traidor provado, o cornudo, o falso, o fornecino, o golfo, boca fedienta, o fodicuncul, o puta sabida; e en estos denuestos a cada uno de ellos, si es fiodalga, (pagará) quinientos sueldos, e si es labrador, trescientos sueldos. » (*Fuero Viejo de Castilla*, lib. II, tit. I, paragr. 9.)

« Qualquier que a otro denostare, y le dixese *gafos* o sodomético o cornudo o traidor o herege, o a muger que tenga marido, puta, o otros denuestos semejantes, desdígalo ante el Alcalde y ante hombres buenos, al plazo que el Alcalde le pusiese; y peche trescientos sueldos, y por ellos mildoscientos ma-

(1) « Huye del leproso como huirías de un león », dice Mahoma.

(2) Véase *Levitico*, cap. 13.

(3) Estas ceremonias variaban según las localidades.

Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro. Y, así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo; y, si 5 topares cosa viva, saldremos desta duda, y, si no, pasado habemos.

— Yo no creo nada deso, — respondió Sancho; — pero, con todo, haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos 10 ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas^a dos^b varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do^c los dejamos, y, tomada la mira como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.

— Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures 15 de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos,

a. ...alamañas. BR. — b. ...alemañas, diez varas. ARG., BENJ.
c. ...lugar, que los. TON., BOW.

ravedis, la mitad para nuestra Cámara, y la otra mitad para el querrelloso; y demás de esto el Juez le ponga la más pena que le pareciere, según la calidad de las personas y de las palabras. Y si hombre de otra ley se tornase cristiano, y alguno lo llamase tornadizo o marrano, o otras palabras semejantes, peche diezmil maravedis para nuestra Cámara, y otros tantos al querrelloso; y si no tuviese de que los pechar, peche lo que tuviere, y por lo que fincase yaga un año en el cepo; y si antes de un año pudiese pagar, salga de la prisión. » (*Fuero Real*, ley II, lib. IV, tit. III.)

Entre las fórmulas deseando toda suerte de males á los que jurasen en falso, trae el *Fuero General de Navarra*, contrayéndose á los judíos, las siguientes imprecaciones:

« Et si mientes o niegas verdad, cáyante los cabellos de la tu cabeza, de la barba, et de las cejas, et pierdas la lumbré de los ojos; et edret Dómino Dios en tierra en que ninguno non habita, entre gente que non te cognoscan, et fiérgate Dios de plaga mala, et sarna et podredura; púdrate el tu aliento de tu boca, et tornes *gafente*, et sias contreito, et sordo, et siego. Di: Amen. »

« Si mientes o juras falso, séquense tus manos et podrezcan tus brazos e miembros; et cáyante berbezones buillentes, et si algunos nazieren, o han de ti nazer, sean siegos et sordos et mancos et coijos, et sean en escarnio de todo el pueblo et mueran *gafos*. »

Larga habrá parecido la nota, pero era preciso traer, á la memoria de los que sin haberlo olvidado no lo tenían presente, algo de lo mucho que con diverso carácter se ha legislado en el transcurso de los siglos acerca de la repugnante y para no pocos odiosa lepra. Sin ello no fuera posible penetrarse del alcance de las palabras de Sancho al llamar *puto* y *gafos* al mayor cosmógrafo de la antigüedad. ¿Qué es, el dicho del escudero, sino eco fiel, traducción exacta, del pensamiento general de los siglos sobre los leprosos?

zodiacos, eclípticas^a, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos^b, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que, si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto y qué de imágenes^c hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego^d de papel liso y blanco.»

Tentóse Sancho; y, llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza y^e miró á su amo, y dijo: «— Ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

— Pues qué, — preguntó D. Quijote, — ¿has topado algo?

— Y aun algos», respondió Sancho. Y, sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese^f alguna inteligencia secreta ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando^g entonces y suave.

En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del río estaban; y, apenas las hubo visto D. Quijote, cuando, con voz alta, dijo á Sancho: «— ¿Ves? Allí, ¡oh amigo!, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido,

a. ...zodiacos, eclípticas. C.₄, V.₃, BR._{1,2}, BAR., TON., BOW. — ...zodiaco, eclíptica. ARG._{1,2}, BENJ. — b. ...signos, partes y medidas. ARG.₁. — c. ...imágenes. A.₂,

CL., RIV., GASP., ARG._{1,2}, MAL., BENJ., FK. — d. ...en pliego de. C.₄, BR.₁. — e. ...cabeza, miró. FK. — f. ...moviesen. ARG.₂. — g. ...blanda. GASP.

8. Tentóse Sancho...

— Pues qué, — preguntó D. Quijote, — ¿has topado algo?

— Y aun algos», respondió Sancho. Y, sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río. —

Diríase que los estamos viendo correr por la palma de la mano y como caen al agua. Bien pudiera unirse este cuadro (¡tan viva es la pintura!) al de la escena de los batanes (1). Juntos señalan la frontera del realismo artístico, de realismo no escatológico como el del malhadadamente célebre Avellaneda, como el desvergonzado y sucio sobre todo encarecimiento de Quevedo (2); en suma, como el de ciertas páginas nauseabundas del maestro de la escuela de Medán.

20. «— ¿Ves? Allí, ¡oh amigo!, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido. — Siendo loco, como lo es, y de locura que

(1) I, cap. 20, pág. 123.

(2) Su título *Gracias y desgracias del ojo del...* justifica no se dé cabida en estas páginas ni á una sola de sus frases.

ó alguna reina, infanta ó^a princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

— ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? — dijo Sancho. — ¿No echa de ver que aquellas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo? 5

— Calla, Sancho, — dijo D. Quijote; — que, aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastuecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio 10 de mis esperanzas.»

En esto, el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos 15 dellos con varas largas á detenerle; y, como salían enharinados y^b cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista^c.

Daban voces grandes, diciendo: «— ¡Demonios de hombres! ¿dónde vais? ¿Venís desesperados? ¡Qué! ¿queréis ahogaros y ha- 20 ceros^d pedazos en estas ruedas?

— ¿No te dije yo, Sancho, — dijo á esta sazón D. Quijote, — que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? ¡Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro! ¡mira cuántos vestiglos se me oponen! ¡mira cuántas feas cataduras 25

a. ...infanta y princesa. GASP. — b. ...enharinados, cubiertos. GASP. — c. ...vista y daban. TON. — d. ...y hacerse pedazos. GASP.

ni la vista ni el oído ni el tacto le desengañaban, las ilusiones ó conceptos delirantes le hacen ver las cosas al modo de lo que había leído en los desalmados engendros caballerescos. De ahí antojársele ser castillo, donde tenían oprimido á un caballero, las humildes y pacíficas aceñas que estaba viendo; no de otra suerte que cuando tomó la venta del Andalúz por un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, á las mujeres del partido por hermosas damas, los molinos de viento por desaforados gigantes, los rebaños de ovejas y carneros por numerosos ejércitos, la bacía de barbero lugareño por el áureo yelmo de Mambrino, las cuentas de vidrio como perlas orientales, y á la misma Maritornes cual la diosa Venus.

16. ...como salían enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. — De la vida y color con que lucen las figuras del cuadro, nada le roba, antes bien le hace más verdadero, la repetición de *enharinados y vestidos del polvo de la harina*.

nos hacen cocos! Pues ahora lo veréis, bellacos.» Y, puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles: «— ¡Canalla malvada y peor aconsejada! ¡Dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza
5 ó prisión tenéis oprimida, alta ó baja, de cualquiera ^a suerte ó calidad que sea; que yo soy D. Quijote de la Mancha, llamado *el Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado ^b por orden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura!» Y, diciendo esto, echó mano á su espada y comenzó á esgrimirla en el
10 aire contra los molineros; los cuales, oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho ^c de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto ^d peligro, como lo hizo por la industria y
15 presteza de los molineros, que, oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco y dar con D. Quijote y con ^e Sancho al través en el agua. Pero vínole bien, á D. Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y, si no fuera
20 por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso á entrambos, allí había sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados ^f al ^g cielo, pidió á Dios, con una larga y devota plegaria, le librase de allí adelante de
25 los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y, viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á D. Quijote se lo pagase.

a. ...cualquier. ARG., = b. ...reservados. V., BR., BAR. = c. ...Sancho Panza de. V., = d. ...manifiesta y gran-

de peligro. V., = e. ...y Sancho. GASP. = f. ...ojos elevados al. ARG., BENJ. = g. ...clavados en el cielo. TON.

1. *Y, puesto en pie en el barco... echó mano á su espada y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros.* — El que ilustró la *Biblia*, *La Divina Comedia* y *La Jerusalén libertada*, no nació, ciertamente, para ilustrar *El Ingenioso Hidalgo*. Sus felices disposiciones para trasladar al papel la figura humana no le bastaron para darnos el tipo acabado de D. Quijote, sublime loco, cuyos rasgos forman un conjunto que diríase inefable. Este hombre, puesto de pie en el barco, blandiendo su espada contra los molineros, prestábase, como pocas veces, al dibujo. Sus ojos centelleantes de luz, la reluciente espada, la agilidad de los movimientos, su gallarda actitud, están diciendo al artista: «Píntame».

El cual, con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

«— ¿Qué personas ó qué castillo dice ^a, — respondió uno de los molineros, — hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar, por ventura, las que vienen á moler trigo á estas aceñas?»

— Basta, — dijo entre sí D. Quijote: — aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo más.» Y, alzando la voz, prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: «— Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados: perdonadme, que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita. Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.»

a. ...dices. TON., PELL., CL., ARG., BENJ.

1. *El cual, con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros.* — Navegando en barco deparado de improviso por la suerte, D. Quijote trae aquí á la memoria, y representa en nuestra imaginación, una, otra, varias escenas de los libros caballerescos que, si no acudieron en tropel á la evocación del autor, diríase que, muy versado en la lectura de aquéllos, avivaron en él la vena satírica, y, dando materia á su retozona pluma, han sido parte á que la de ilustre frenópata (1) haga en nuestros días reflexiones nada impertinentes sobre la enajenación mental del héroe:

«De las dificultades en que ponen á D. Quijote ciertos sucesos, y que no puede desatar su ingenio, sálese bonitamente por la puerta falsa de lo invisible, fantástico ó sobrenatural; esto es, haciendo intervenir potestades superiores en el malogro de sus actos de valentía y aun en hechos insignificantes, manejándolas con el desenfado que el titerero las figuritas de su retablo. Por fortuna, detienen los molineros el barco en que él y Sancho, pausadamente, navegaban Ebro abajo, y que ya iba entrando en el canal de las ruedas del molino; caen entrambos en el agua, de la que aquéllos les sacan no sin trabajo; porfia el Caballero sobre que le den libre y sin cautela á la persona ó personas que en la aceña, castillo para él, están oprimidas; burlase uno, y llámale hombre sin juicio, lo que en otra cualquiera ocasión bastara á D. Quijote para andar al pelo con el deslenguado; mas entonces, reducido quizás á la templanza y sosiego por la virtud sedativa del baño que acaba de tomar, bien que sin quererlo, se limita á decir, no á los circunstantes, sino entre sí, para que se vea su filosófica paciencia: *Basta: aquí será predicar en desierto.*»

(1) PI Y MOLIST. Obra citada, pág. 223.

En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: «— Á dos barcadas como estas^a daremos con todo el caudal al fondo. »

5 Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que D. Quijote les decía^b; y, teniéndolos por locos, les^c dejaron y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos.

10 Volvieron á sus bestias y á ser bestias D. Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

a. ...como ésta daremos. TON., ARR., ARG. 1.º, BENJ. — b. ...decía y hacia y. TON. = c. ...locos los dejaron. ARR., ARG. 1.º, BENJ.

3. «— Á dos barcadas como estas. — Corrigióse el texto en las ediciones de Tonson, Arrieta, Hartzenbusch y Benjumea, diciendo «Á dos barcadas como ésta». Así también lo escribiríamos nosotros si nos dejásemos sugestionar por los preceptos académicos; mas, como por aquellos días no había Academia de la lengua, y, aunque hubiese existido, sus leyes no rezaban con Sancho, hemos optado por dejar el pasaje como salió de las prensas de Juan de la Cuesta.



CAPITULO XXX

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora

A SAZ melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo y se apartaron del famoso río: D. Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle, porque, magüer^a era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más, eran disparates, y buscaba ocasión de^b que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía^c. Sucedió, pues, que otro día, al poner^d del sol y al salir de una

a. ...porque magüera tonto. ARG. 1.º, BENJ. — b. ...ocasion en que. ARG. 1.º — c. ...que él pensado tenía. ARG. 1.º, BENJ. — d. ...al despuntar del sol. ARG. 1.º

Los Duques de Villahermosa, á quienes se alude en estos capítulos y que se finge hospedaron á D. Quijote en su palacio de Pedrola, en el que tuvieron lugar las escenas que ahora comienzan á narrarse, reflejan á maravilla el estado social de la Grandeza española al principiar el siglo xvii. Esa gentil dama, la bella cazadora, con su esposo el Duque, y cuantos servidores forman el claro obscuro del cuadro que aquí se dibuja, todo ello es como la antitesis de aquella otra morada, de aquella D.^a Cristina que por honor á su marido, al noble y franco D. Diego de Miranda, atiende con amable dignidad y exquisita solicitud á su huésped el Caballero de los Leones.